

# La Odisea de dos Filósofos Contemporáneos

Por Francisco Romero

La existencia del filósofo no siempre ha sido apacible. Circunstancias especiales imponen al que profesa con veracidad la filosofía ciertas obligaciones hacia sí mismo o deberes de conciencia que no les son comunes con otros tipos de estudiosos. Aparte de esto, que le compete en cuanto filósofo, otros géneros de desdichas han caído a veces sobre quienes se consagran a la filosofía, compartidas con otros hombres, pero no por eso menos lamentables. Nuestro tiempo ha sido particularmente duro con los filósofos. Para hallar un ejemplo plural, un ejemplo que vale por muchos en su sobria elocuencia, basta recorrer la dedicatoria de los *Proceedings* del X Congreso Internacional de Filosofía.

Quiero referirme aquí a la odisea de dos filósofos. Los pongo aparte porque mantuve amistad con ambos y pude seguir a la distancia su amargo itinerario. La mención repetida de mí mismo resultaba obligatoria, si había de dar a esta exposición el tono y el sentido de un informe personal, que es lo que principalmente la justifica.

## LA ODISEA DE ARTHUR LIEBERT

Arthur Liebert nació en Berlín, el año 1878. En la misma ciudad ejerció la función docente, como profesor extraordinario, en la Universidad y en la Escuela Superior de Comercio, sin alcanzar la cátedra titular, hasta 1933. Aunque próximo a la Escuela de Marburgo, que ocupaba el centro del escenario filosófico en su juventud, mantuvo respecto a ella una postura independiente y aun se preocupó por buscar un acercamiento entre las tesis de esa Escuela y otras direcciones filosóficas más afirmativas que por entonces se iban imponiendo. Rechazaba el carácter de ciencia para la metafísica, pero la admitía como indagación de lo absoluto, asignando alcance problemático a sus averi-

guaciones y elevando la problematicidad misma a la dignidad de una categoría. Por este lado y por otros coincidía con las tendencias más austeras del pensamiento contemporáneo. La filosofía, en general, más que una meditación sobre el ser, era para él un conjunto de reflexiones sobre la validez, entendida esta noción en la acepción más amplia. Consagró un penetrante estudio al problema de las revoluciones, se ocupó en discernir el sentido de la crisis espiritual contemporánea y en establecer las relaciones entre la filosofía y la vida de nuestro tiempo. Nota predominante en su pensamiento fue la preocupación constante por los temas concernientes a la cultura actual.

Tal interés es visible en sus escritos sobre asuntos concretos que tocan al presente. De la misma raíz brota otra dirección de su actividad que, en mi opinión es tan importante como su labor personal de filósofo. Me refiero a sus esfuerzos para promover y organizar el trabajo filosófico, para constituir una gran agrupación mundial de filósofos, esfuerzos que, desencadenada ya en el mundo la tragedia y azotado cruelmente él mismo por ella, desembocaron en una noble tentativa de atraer las energías aun libres de la filosofía a la faena de configurar un humanismo que abriera perspectivas más dichosas para el futuro.

En los últimos años del siglo pasado había fundado Hans Vaihinger la revista *Kant-Studien* y más adelante la *Kantgesellschaft*. Pasó el tiempo y tanto la revista como la Sociedad quedaron a cargo de otras personas, Liebert entre ellas, pero predominando resueltamente su influjo. La revista, surgida en la época en que todavía se juzgaba necesario entroncar con Kant todo conato serio de renovación filosófica, había ido perdiendo su carácter cerradamente kantiano, para convertirse en una gran revista de filosofía general; la Sociedad Kantiana, no sólo pasó a ser también una institución atenta a toda palpitación de la conciencia filosófica, sino que tendió cada vez más a convertirse en una organización mundial. Liebert se aplicó a estas tareas con una gran claridad de propósitos y una extraordinaria tenacidad. El entusiasmo que puso al servicio de estos fines se percibía contemplando desde fuera ambas empresas, y resultaba mucho más palpable para quienes, como en mi caso, estuvieron en relación con él, aunque esta relación fuera la epistolar.

Terminada la guerra de 1914-1918, se produjo en Alemania, como es sabido, un sorprendente renacimiento filosófico. Muchos brotes del pensamiento novísimo, que en los primeros años del siglo anunciaban ya la cosecha inminente, maduraron, se fortalecieron y multiplicaron, señalando un ascenso que duró hasta que las nubes amontonadas tra-

ieron la certidumbre de la nueva tormenta. El intervalo entre ambas catástrofes, o, mejor dicho, entre la primera y el largo y desalentador prólogo de la segunda, fue un período áureo para la Sociedad Kantiana y para la revista que era su órgano, bajo el gobierno diligente de Arthur Liebert. Con un notable acierto, la revista y la Sociedad ocuparon el puesto central en la vida filosófica alemana, al mismo tiempo que se abrían a la de otros muchos países. Una generosa ecuanimidad, una elevada equidistancia o neutralidad, por encima de los particularismos de orientación o de escuela, permitieron que la revista fuera el lugar de encuentro de casi todo el pensamiento válido de lengua germánica, en tanto que la Sociedad se engrandecía y alargaba sus listas de adherentes. Había otras revistas de gran prestigio, pero ninguna disputaba a los *Kant-Studien* su situación excepcional; unas representaban especiales ramas de la investigación, como la estética, la filosofía de las ciencias o la de la cultura, y otras respondían a escuelas u orientaciones determinadas, como el idealismo, la fenomenología o el neotomismo. Sólo los *Kant-Studien* representaban la filosofía cabal y entera. La revista llegó a convertirse en un depósito documental de valor permanente, en un instrumento de trabajo del cual no se podría prescindir en adelante. Constituían su contenido estudios, generalmente de cierta extensión y muchas veces de significado fundamental; numerosas reseñas bibliográficas, redactadas por personas de reconocida autoridad en cada asunto y ordenadas sistemáticamente, que venían a ser un examen casi exhaustivo de la producción filosófica; además, informaciones, discusiones, retratos, crónica detallada de la marcha y actos de la Sociedad, etc.

La Sociedad Kantiana, por su parte, prosperaba también prodigiosamente, revestía los contornos de una gran sociedad mundial, con miembros en las comarcas más dispares. Para dar una idea de la rapidez con que crecía, quiero recordar que en algunos meses, desde enero a octubre de 1928, se registraron más de ciento cincuenta nuevos socios. Había adherentes en todos los países europeos, en muchos de América, en la India, China, Japón, Africa, Australia... Verdadera confederación filosófica, la Sociedad llegó a contar con más de cincuenta grupos locales y territoriales, la mayor parte en países germánicos, pero también en otras zonas; el grupo de Boston, por ejemplo, funcionaba bajo la presidencia del profesor Edgar S. Brightman, de aquella Universidad, preocupado de todo empeño de universalismo filosófico, y a quien —dicho sea de paso— tánto debe la conexión filosófica entre ambas Américas. Estos grupos locales y territoriales, y en medida mucho mayor el central de Berlín, eran focos de un activo tra-

bajo, registrado puntualmente en la revista. La Sociedad organizaba congresos y reuniones de distinto orden, y vino a ser la primera realización de una confraternidad filosófica extendida por todo el planeta; los que se interesaban por la filosofía sabían que hasta en los rincones más apartados del orbe culto había personas que participaban en sus preocupaciones y con la que podían mantener intercambio; se sentían hermanados entre sí como miembros de una grande y dispersa corporación que no suponía sino el vínculo de la común aspiración a la verdad, y que funcionaba bajo la advocación del filósofo que, en la *Critica de la razón práctica* había proporcionado acaso definitivamente los fundamentos teóricos de la libertad y la dignidad del hombre.

Muchas iniciativas llevó adelante por su cuenta o apoyó la Sociedad, que redundaron en provecho del progreso filosófico y que contaron con la colaboración de destacados estudiosos. He de recordar unas pocas.

Con el título *Philosophische Monatshefte der Kant-Studien* (Entregas filosóficas mensuales de los Estudios Kantianos), se creó en 1925 una pequeña revista auxiliar o suplementaria, que se podría llamar de iniciación filosófica, dedicada a examinar las cuestiones más generales de la cultura contemporánea en su planteo filosófico. En 1930 se fundó otra revista titulada *Der Philosophische Unterricht* (La enseñanza filosófica, uno de cuyos directores era Liebert, y que aparecía como órgano de la Sociedad para la Enseñanza de la Filosofía. El propósito tanto de la revista como de la Sociedad, era considerar en todos sus aspectos, en sus bases teóricas y en sus alcances y recursos prácticos, los problemas de la enseñanza filosófica en el sentido más amplio y vario, es decir, abarcando cuanto tiene que ver con ella de cerca o de lejos. Liebert publicó en el primer número de la revista un notable estudio programático. La Sociedad acusaba desde el comienzo su estrecha conexión con la Kantgesellschaft, de la que venía a ser un desprendimiento, o, mejor dicho, un miembro especializado. Una serie de cuestiones importante, que antes se trataban en forma dispersa y ocasional, hallaron de este modo su centralización y un estímulo para la profundización sistemática.

Entre las publicaciones de otro orden que promovió o en alguna forma auxilió la Sociedad Kantiana, me limitaré a nombrar la edición de los escritos póstumos de Kant, dirigida por Adickes (1920); el gran diccionario filosófico de Eisler, completamente renovado en su cuarta edición, de 1927, inapreciable utensilio de consulta y trabajo, el *Kant-Lexikon*, dirigido por el mismo Eisler, aparecido en 1930, repertorio con el cual será inevitable contar en adelante para cualquier investiga-

ción o estudio serio sobre Kant. La Sociedad Kantiana, en suma, fue una gran central filosófica que, como se ha visto por estas incompletas referencias, no sólo cumplía a conciencia su función normal de congregar a los especialistas, sino que se hallaba animada de un espíritu emprendedor e innovador que la impulsaba de continuo a buscar horizontes nuevos y a proponerse nuevas tareas. Su papel en la cultura ha sido muy grande en los últimos años, y hubiera llegado a ser mucho mayor, según el ritmo acelerado que mostraba, si no hubiera naufragado, como tantas otras cosas excelentes, en las tempestades de nuestra época.

En la Sociedad Kantiana creo yo que encontró Liebert su verdadera vocación, que no era solamente la de un filósofo de gabinete y de cátedra, sino también la de un incomparable animador y organizador. Una vocación así no se ciñe, no puede ceñirse al mero afán de organizar y estimular, sino que responde a móviles más profundos, a la convicción de que la filosofía tiene un papel importante en la civilización, y que incitarla, coordinarla mundialmente, facilitarle recursos para que se difunda y avance, es contribuir a los más altos fines humanos, mediante el fomento del pensamiento puro y también mediante la inserción del pensamiento en la vida. Cuando se desencadenó la tormenta, vio además Liebert con mayor claridad que antes, o por lo menos apreció con mayor urgencia, que la filosofía debía aportar los fundamentos y los materiales para un humanismo capaz de restaurar la casi demolida ciudad de los hombres.

En el mes de julio de 1929, unos cuantos estudiosos de filosofía, reunidos alrededor de la figura procerca de Alejandro Korn, fundamos en Buenos Aires una agrupación filosófica a la que se puso el nombre de Sociedad Kantiana; aunque creada como entidad autónoma y con modalidades originales —entre ellas la carencia de autoridades, estatutos y de todo formulismo—, sin reconocer una dependencia explícita, esta Kantiana de Buenos Aires estableció enlace con la de Berlín, y vino así a formar parte del concierto filosófico internacional presidido ejemplarmente por Liebert, y en la revista *Kant-Studien* quedaron registradas, si no sus actividades ordinarias, que fueron muy frecuentes durante bastantes años, por lo menos las de más bulto y significación, las que revistieron un carácter más público. Desde entonces quedé en relación epistolar con Arthur Liebert, quien mostró una constante y afectuosa solicitud por los adelantos de la filosofía en la Argentina.

En el calendario universitario alemán correspondiente al semestre de invierno 1933-34 ya no figura el nombre de Liebert. También

está ausente, desde 1934, de la portada de la revista a la que había consagrado tanto amor y tantos esfuerzos; durante ese año de 1934 la publicación no acusa todavía un cambio fundamental, pero a partir de 1935 se pone a tono con la ideología dominante. Liebert había emprendido el camino de la emigración en el otoño de 1933. Por una reserva muy comprensible, en sus cartas procedentes de Belgrado no había alusiones a la Sociedad Kantiana, pero en la primera que luégo me despacha desde Inglaterra expresa: "La Kantgesellschaft ha sido destruída".

Nuestra relación había sido continua desde la creación de nuestra Sociedad; el último informe sobre las actividades de la Kantiana de Buenos Aires que se le remitió alcanzó a salir en la primera entrega de 1934 de los *Kant-Studien*. Después de su partida de Alemania tuve por primera vez noticias directas suyas por carta de marzo de 1936. Establecido en Yugoslavia, ocupaba el cargo de profesor de filosofía y pedagogía en la Universidad de Belgrado. Su espíritu emprendedor no podía conformarse con la rutina profesoral. Se ve bien que la obra de su vida, los empeños a que se había puesto con todas las energías de su alma eran los *Kant-Studien* y la Kangesellschaft, la revista y la institución que habían adquirido bajo su inspiración una magnitud y una autoridad sorprendentes. La desdicha suele empequeñecer a los pequeños y engrandecer a los grandes. El tiempo que cualquier otro hubiera consumido en dirigir miradas nostálgicas al pasado, en lamentar la decadencia y tergiversación de dos nobles empresas que honraban a la cultura alemana, lo quiso emplear en reconstruirlas en tierra extranjera, entre las inquietudes del momento y las incomodidades del destierro, pero también, y consuela poder decirlo, incitado y sostenido por muchos amigos que desde lejos le atestiguan su estimación y su solidaridad. En la carta a que me refiero me anunciaba su resolución de crear una sociedad filosófica titulada *Philosophia*, que editaría una revista con el mismo nombre; una sociedad, expresaba, "que corresponda a la dignidad y a la tradición de la filosofía". La revista saldría pocos meses después; concebida, como la sociedad, con un resuelto sentido internacional, habría de publicar trabajos de autores ingleses, americanos, franceses, alemanes, belgas, suizos, etc. "Quiero —escribía— convertir esta revista en un espejo que refleje toda la vida filosófica. . . Nuestra Sociedad debe ser la expresión de la solidaridad de la filosofía y de los filósofos". Me anunciaba también que estaba integrando el comité directivo y me invitaba a formar parte de él, con amistoso encarecimiento. El servicio postal empezaba a tropezar con inconvenientes; algunas cartas se extraviaban y otras

llegaban con retrasos enormes. En una suya posterior, de mayo de 1936, se refería a una mía recibida entretanto, me felicitaba por una designación universitaria que yo le había comunicado y me acusaba recibo por un trabajo mío, pero no me hablaba de mi respuesta tocante a asuntos de la sociedad y de la revista. Aunque solían llegarle mis envíos de publicaciones, se perdieron o demoraron cartas que le enderecé a Belgrado, acaso por ingerencia policial, pues al final fue allí muy hostigado y probablemente a requerimiento del gobierno alemán se le llegó a negar la renovación de los documentos necesarios para la permanencia en el país. Le llegaron al fin cartas mías y me respondió desde Londres, con anuncio de que pasaba a la Universidad de Birmingham, solicitándome para la revista, que proyectaba continuar en Inglaterra, un trabajo para el cual me sugería este asunto: "El humanismo y la ciencia". El tema del humanismo y aun podría decirse más extensamente, el de la humanización, dominaba su pensamiento. En esa carta escribe, como comentario a su solicitud: "Opino que también la ciencia debe recibir el influjo humanístico. Soy de esta opinión porque personalmente no creo en absoluto en una investigación que sea, como se dice, totalmente objetiva y sistemática. El hombre y lo humano deben aparecer cada vez más en lo científico, En los próximos años consagraremos probablemente un año entero de la revista al examen de la cuestión de las conexiones existentes entre la filosofía y la ciencia, por un lado, y el humanismo por el otro. Queremos, en general, iluminar cada vez más la significación central del humanismo, entendido, naturalmente, en la aceptación más extensa, y no meramente como una forma estilística y literaria" (Carta de 26 de diciembre de 1939, desde Londres).

Ya establecido en Birmingham, contesta una carta mía que le había llegado con unos seis meses de retraso, en la cual yo le reiteraba mi aceptación a figurar en el comité de la Sociedad; en esa carta volvía a extenderse en sus intenciones y planes, muy adelantados pues habían sido completados tres tomos de la revista, correspondientes a los años 1936, 1937 y 1938; había hecho arreglos para que la revista pudiera seguir publicándose en Inglaterra y se ilusionaba con la esperanza de que su empresa pudiera ampliarse pronto, hasta constituir una Liga mundial del humanismo y que se realizara más adelante un Congreso mundial de humanismo. Hasta aquí, como se ve, los golpes del destino, lejos de desanimarlo, parecían acrecentar sus fuerzas y hacerle concebir proyectos de más vasto alcance cada día. Esa carta estaba fechada en febrero de 1940. La siguiente, de abril del mismo año, muestra una disposición de ánimo totalmente diferente. Sin dejar de referirse a sus

preocupaciones habituales, a la Sociedad y la revista, y precisamente porque las ve en gravísimo peligro, expone francamente sus temores. Aquella hora tremenda de Inglaterra —y de Europa, y del mundo— cae sobre él y lo anonada. No me creo autorizado a transcribir las expresiones en que traduce su honda desesperación. Llegó a pensar en la posibilidad de su traslado a la Argentina; en que acaso pudiera hacer aquí un refugio para él y las condiciones que permitieran la prosecución de su obra: “Acaso pudiera ser la Argentina —escribe— y quizá la Universidad de Buenos Aires, el centro de este movimiento filosófico y cultural”. Como cualquiera puede comprender sin mayores explicaciones, todas las circunstancias locales estaban en contra de sus deseos. Terminada la guerra, Liebert regresó a Alemania, y se hallaba dedicado a reedificar la Kantgesellschaft cuando falleció, a fines de 1946, a los sesenta y siete años de edad.

### LA ODISEA DE ERNST CASSIRER

Cuando Ernst Cassirer aspiraba a iniciarse en la docencia universitaria, tenía como contrincantes, en la Universidad de Berlín, a dos estudiosos de prestigio, que luégo supieron conquistarse puestos distinguidos en los cuadros de la filosofía: Alois Riehl y Carl Stumpf. Los tres concurrían para una plaza de profesor agregado o auxiliar. En una reunión de la Facultad, el ilustre filósofo Guillermo Dilthey apoyó calurosamente a Cassirer y pronunció estas palabras memorables: “No me agradaría ser un hombre de quien la posteridad pudiera decir que rechazó a Cassirer”. Dilthey —cuyo candidato fue el preferido en la elección— ponía, pues, a la posteridad por testigo de su acierto, y la posteridad ha resuelto que estaba en lo justo. A los que admiramos a Dilthey y vemos en él una de las más altas personalidades de la filosofía contemporánea, no nos agradaría ahora que en aquella ocasión se hubiera inclinado a favor de uno de los contrincantes de Cassirer, sin desconocer por eso los relevantes méritos de los dos.

Ernst Cassirer nació en Breslau, el año 1874. Se le suele considerar como miembro prominente de la Escuela de Marburgo, al lado de Cohen, fundador y jefe de la Escuela, y de Natorp. Pero mientras que estos dos permanecieron hasta el final adheridos a sus primeras convicciones, Cassirer, más joven que ambos, con una diferencia de edad respecto a Cohen de unos treinta años y de veinte respecto a Natorp, fue sensible a los cambios sobrevenidos después de la conciencia filosófica y evolucionó en términos que significaron una maduración y un enriquecimiento de su personalidad de pensador.

En su tiempo, en el último tercio del siglo pasado y los primeros años del nuestro, la Escuela de Marburgo fue el movimiento filosófico más considerable de Alemania y extendió su influjo y su prestigio por otros países, así por la calidad de sus fundadores y adherentes como por su conductividad, por la energía creadora. En ella se concretaron y asistematizaron los impulsos, hasta entonces vagos y dispersos, que aspiraban a la superación y reemplazo del agotado positivismo. El anhelo dominante se cifraba en restaurar la filosofía, pero sin caer en los excesos metafísicos del anterior idealismo romántico; en configurar una filosofía de cariz científico, del mayor rigor y estrictez, pero sin aquella servidumbre respecto a las ciencias que caracterizó a la filosofía del positivismo: una filosofía, por lo tanto, que evitase anteriores extravíos y que hallara en ella misma sus fundamentos y principios. Todo esto encontró su expresión más satisfactoria en el programa de la Escuela, la cual se presentaba como heredera y continuadora del pensamiento de Kant. Cassirer contribuyó notablemente al neokantismo de Marburgo, con su labor de investigador y de enseñante. Después de sus años de Privatdozent en Berlín, se desempeñó como titular en Hamburgo, cuya joven Universidad, fundada en 1919, le tocó presidir como rector desde fines de 1929 a 1930; como en el caso de Liebert, su nombre está ya ausente de los programas universitarios para el semestre invernal de 1933-34. Su nombre como escritor ha sido grande; mientras que sus compañeros de la Escuela marburguense se oscurecían a medida que pasaba el tiempo y triunfaban nuevos puntos de vista, la reputación de Cassirer crecía y su obra interesaba cada día más. Una de sus peculiaridades es el equilibrado reparto de su preocupación de filósofo entre la aclaración del pasado y la investigación y creación sistemática. Sus contribuciones como historiador son todas memorables; su mérito no reside sólo en la cumplida versación, en el manejo y elaboración de una documentación caudalosa, sino sobre todo en la sagacidad de la interpretación, en la amplia y serena perspectiva que el autor, historiador de raza al mismo tiempo que gran filósofo, descubre ante el lector, aclarándole el sentido profundo de los más capitales acontecimientos filosóficos, de las ocurrencias decisivas en el proceso de las ideas. Su obra más considerable en esta línea es la que lleva por título *El problema del conocimiento en la filosofía y las ciencias de la Edad Moderna*, verdadero monumento de saber y de crítica, iniciada en 1906, que en sus tres volúmenes abarca desde Nicolás de Cusa hasta Herbart, Schopenhauer y Fries, y que, a pesar de su mole de rigor alcanzó varias ediciones. Los mayores esfuerzos teóricos de la mente moderna, todo el sistema de conceptos que desde el Renacimiento se ha ido creando para comprender cientí-

fica y filosóficamente la realidad, son expuestos, analizados y explicados en este libro grandioso, hondo y claro al mismo tiempo. La obra, en su primera concepción, debía terminar con el examen de la doctrina de Kant, a la que se dedica un exhaustivo estudio, de ciento ochenta páginas al final del segundo volumen; pero el autor resolvió prolongar su trabajo extendiéndolo a los grandes poskantianos, esto es, hasta las vísperas del positivismo, movido ahora por un interés distinto, por las correlaciones que advertía entre las fórmulas propuestas por esos pensadores y las que iban siendo presentadas por la más reciente teoría del conocimiento correlaciones que juzgaba conveniente tomar en cuenta y desentrañar. Ni siquiera terminó con esto su averiguación del asunto. En un libro póstumo, que por cierto ha aparecido en su traducción al español antes que en inglés y en alemán, ha dado un digno remate a su tarea; indaga en ese trabajo la marcha de los problemas del conocimiento desde la muerte de Hegel hasta nuestros días, ya no por autores sino tomando como pauta la línea de desenvolvimiento de cada grupo de temas, explorando los distintos campos de la ciencia, el de la matemática y la física, el de la biología, el de las disciplinas históricas, extrayendo conclusiones de inestimable valor para la comprensión de la actual visión de la realidad y de los nuevos métodos que a ella se aplican.

Otros libros suyos se ocupan con faenas semejantes. Así el titulado *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, en el cual, alrededor de la figura de Nicolás de Cusa, expone y discute esenciales cuestiones de los orígenes de la filosofía moderna, cuya resonancia perdura a lo largo del posterior desarrollo filosófico. Así también su precioso volumen sobre *La filosofía de la Ilustración*, el cuadro más completo y penetrante del pensamiento del siglo XVIII, que no es únicamente un capítulo de historia de la filosofía trazado de mano maestra, sino también el balance de las ideas, intenciones y logros espirituales de un siglo decisivo en los destinos del Occidente, cuadro utilísimo para quien aspire a comprenderlo cabalmente desde cualquier punto de visto, porque es el sentido total de la época lo que Cassirer descifra y va mostrando, con una habilidad pareja en la finura de los análisis y en la capacidad de síntesis y de palpitante animación. Y, juntamente con otros muchos trabajos histórico-críticos, debemos contar en esta dirección sus reputadas ediciones de Leibniz y de Kant. Entre sus trabajos de índole no histórica, el de mayor relieve es su *Filosofía de las formas simbólicas*, una de las más considerables aportaciones que poseamos para la resolución de los problemas de la cultura, teoría de los hechos centrales de la cultura humana —el lenguaje, el mito, el cono-

cimiento— con el concepto de simbolización como clave. En lo fundamental de su importancia y su alcance, esta obra es comparable al otro gran libro de Cassirer, el dedicado a historiar el problema del conocimiento; y tampoco aquí quiso el autor dar por cerrado, con la obra cumbre, el ciclo de sus investigaciones sobre el asunto, sino que lo continuó con reelaboraciones y con investigaciones monográficas.

Obligado a expatriarse, Cassirer residió sucesivamente en Inglaterra, en Suecia y en los Estados Unidos. De su paso por Inglaterra quedan pocos rastros; fue profesor visitante en Oxford, y allí se le rindió expresivo homenaje con la publicación de un volumen de escritos en su honor, en el que fueron colaboradores notorias figuras del pensamiento de varios países, entre ellas Ortega y Gasset. Suecia, como país relativamente a salvo de los peligros más inmediatos de aquel instante, le brindó una pasajera tranquilidad. Enseñó como profesor titular en Göteborg, y luégo quiso dejar pública constancia de su reconocimiento a quienes allí lo acogieron amistosamente en la dedicatoria del libro póstumo *El problema del conocimiento desde la muerte de Hegel hasta nuestros días*, recordado antes, que dice así: “Al Rector y al Claustro de la Höghskola de Göteborg, con mi profunda gratitud por los años que viví a su lado”. Conservo, como inestimable recuerdo suyo, algunos trabajos que me remitió desde allá, dos de ellos sobre la *Recherche de la vérité*, de Descartes, el uno aparecido en la revista *Theoria* y el otro en la revista *Lychnos*, ambos de 1938. En Estocolmo, en 1939, publicó un libro titulado *Descartes: La doctrina, la personalidad, la influencia*, que es una serie de bellísimos ensayos sobre la relación del pensamiento de Descartes con la poesía de Corneille y sobre las conexiones entre el filósofo y la reina Cristina de Suecia. Es bien comprensible la especial atención que Cassirer dedica estos años a Descartes, porque, como es sabido, el gran filósofo francés fue atraído por Cristina a su Corte y, tras breve residencia en ella, falleció en Estocolmo el año 1650. Uno de los resultados de las averiguaciones de Cassirer en Suecia fue la convicción, desarrollada en uno de los trabajos a que me he referido, de que el diálogo intitulado *Recherche de la vérité*, sobre cuyos orígenes y situación en la obra cartesiana se ha discutido mucho, es el escrito que Descartes redactó para completar o auxiliar sus enseñanzas orales a la reina Cristina, escrito al que imprecisamente se refiere Baillet en su biografía de Descartes, denominándolo “certains petits mémoires secrets”, y que se consideraba perdido; identificación que justifica Cassirer mediante argumentos varios y convincentes, entre ellos, el del tono personal que asume Descartes en el diálogo; el del papel que en él desempeña la cuestión ética, que no preocupó a Descartes hasta

sus últimos años, y el de la singular falta de referencias a ese escrito en la correspondencia de Descartes, que se conjuga bien con lo poco que hay en su epistolario concerniente al período de Estocolmo. La conclusión de Cassirer es, pues, contraria a la de otros críticos, por ejemplo, Bréhier, para los que la *Recherche* es un trabajo de juventud. Si su opinión es certera, si el diálogo se escribió en Estocolmo y, por lo tanto, muy cercano Descartes ya a su muerte, el problema resuelto no es sólo de lugar y de fecha, sino que tiene mucho que ver con la apreciación de la última fase del pensamiento cartesiano.

Otros estudios de esta estapa versan sobre el filósofo sueco Hägers-tröm, la cuestión del determinismo en física, las fundamentaciones filosóficas de la cultura, etc. Desarraigado, con la tempestad bramando a las puertas del país que le concede un asilo precario, el filósofo no cuenta sino con su trabajo, con su creencia en los poderes del espíritu y su empeño en acrecentar el dominio de la verdad. Lo único que le es posible hacer, lo único que puede tener todavía sentido para él en sus actuales circunstancias, su obra de pensador, corre riesgo de fracasar e interrumpirse, porque una gravísima amenaza se cierne sobre Suecia y no parecía presumible entonces que pudiera ser esquivada. Todos hemos visto en el cine, en los films de guerra, el desgarrador espectáculo del "último tren", ese tren que brinda a los combatientes la postrera esperanza de salvación, cuando la avalancha guerrera se precipita arrasándolo todo. En el mes de mayo de 1941 Cassirer alcanza a tomar el último barco que podía trasladarlo a los Estados Unidos.

Llegado a América, se incorpora, como profesor visitante, a la Universidad de Yale, una de las más famosas de los Estados Unidos, cuyo Departamento de Filosofía disfruta de renombre universal. Allí es recibido con el respeto y la simpatía que merecen sus talentos de filósofo y sus virtudes de hombre. Por informaciones de profesores norteamericanos amigos, sé la general estima con que se lo distinguía. Me puedo imaginar también las atenciones que con él se tuvieron en la institución, porque el jefe del Departamento, el profesor Charles W. Hendel, es persona de una generosidad y una cordialidad desacostumbradas, de las que yo mismo he tenido pruebas a la distancia, en más de una ocasión. De nuevo se pone al trabajo con su fervor acostumbrado. Se le sugiere la preparación de una edición en inglés de su *Filosofía de las formas simbólicas*, pero no acepta. "Aunque me hubiera complacido corresponder a esos deseos —escribe— me di cuenta a los primeros pasos de que la tarea era impracticable y hasta resultaba, en las actuales circunstancias, injustificable la reproducción del libro en su integridad. Por lo que respecta al lector, le hubiera exigido un gran es-

fuerzo de atención la lectura de un estudio en tres volúmenes que se ocupa de un tema difícil y abstracto. Pero también desde el punto de vista del autor era poco practicable o aconsejable la publicación de una obra planeada y escrita hace más de veinticinco años. Desde esa fecha, el autor ha proseguido sus estudios sobre la materia. Ha podido conocer muchos hechos nuevos y se ha tenido que enfrentar con nuevos problemas. Hasta los mismos problemas viejos son vistos por él desde un ángulo diferente y con una iluminación distinta. Por todas estas razones me decidí a partir otra vez y a escribir un libro enteramente nuevo". Así nace el *Ensayo sobre el hombre*, de 1944 a cuyo prólogo pertenecen las palabras copiadas, que al año siguiente se traduce a nuestro idioma, bajo el rubro de *Antropología filosófica*. El libro está dedicado a Hendel —con quien ya nos encontramos más arriba y al que volveremos a hallar más adelante—, y las palabras de Cassirer no suenan por cierto a protocolar cortesía. "Al dedicar mi obra a Charles W. Hendel —dice— deseo expresar mi profunda gratitud al hombre que, con celo infatigable, me ayudó a preparar este libro. Fue el primero a quien hablé sobre mi plan general. Sin su interés por la materia del libro y su amistoso interés personal por el autor, difícilmente hubiera yo tenido valor para publicarlo. "La sustancia de las *Formas simbólicas* se ha ductilizado y transformado en parte, ha ganado en virtud comunicativa al aligerarse de tecnicismos, el ponerse de intento al servicio de un círculo mucho más vario y extenso de interesados. *La Filosofía de las formas simbólicas* era ante todo un libro con los caracteres del gran tratado teórico alemán, una obra para los especialistas; ésta de ahora tiene en cuenta los anhelos de los muchos que en nuestro tiempo demandan claridades sobre el hombre, su mundo y su destino. El problema del hombre y el de la cultura se encaran y llevan de frente en él en estrecha correlación, porque el hombre y su cultura componen una indivisible unidad, vienen a ser un problema único. Precisamente, al intervenir en las discusiones de la Primera Conferencia Interamericana de Filosofía, celebrada en la Universidad de Yale el año 1942, ante el reemplazo de la denominación de "antropología filosófica" por la de "psicología filosófica", propuesto por el profesor Nicol, Cassirer argumentó que, para comprender lo que es el hombre, la psicología resulta insuficiente y que debe recurrirse al estudio de la cultura; que la antropología filosófica necesita de todo lo que pueda enseñarle la psicología individual, pero que está obligada a ir más allá e incluir la filosofía del lenguaje, del arte, de la religión, así como la historia y la psicología de esas ramas de la

cultura; en suma, que la antropología filosófica debería ser el estudio de la función de todas esas actividades culturales.

Otros trabajos publicó durante ese período, en revistas especializadas, entre los cuales destaco uno muy importante sobre "El concepto de grupo y la teoría de la percepción", que ya había aparecido en Francia, pero que entonces se difundió poco por haber salido poco antes de la invasión germánica, y otro sobre "La influencia del lenguaje sobre el desarrollo del pensamiento científico", rico en indicaciones y sugerencias, que creo fue lo último que recibí directamente de él.

Más adelante se trasladó a la Colombia University, en New York. Una ex-alumna y amiga mía (1) que seguía los cursos superiores de filosofía en esa Universidad y había trabado relación con él, me transmitió sus últimas impresiones de Cassirer en la vida y en la muerte. Transcribo algunos pasajes de su carta, fechada en New York el 20 de abril de 1945.

"El domingo a la tarde vi por última vez la noble cabeza y el perfil de medalla del querido maestro filósofo Ernst Cassirer. Yacía solo, en una de esas horribles y frías casas que aquí se llaman "funeral home" en un ataúd negro y sobrio, iluminado con dos velas eléctricas. La última vez que lo vi activo, viviente y generoso, fue el viernes de la semana pasada, cuando estuvo conversando conmigo de las once a las doce de la mañana; Roosevelt había muerto el día anterior, y Cassirer estaba profundamente conmovido. Hablamos de tantas cosas tremendas y absurdas que hemos debido padecer en estos últimos quince años, y él recordó su cátedra de Hamburgo y de Oxford, los libros que últimamente había escrito y los que aún tenía en preparación. El futuro para él estaba lleno de trabajos y de nuevas posibilidades de enseñanzas. Era tanta su alegría al contarme que su último libro en inglés, el *Ensayo sobre el hombre*, aparecería traducido al español en México, que no pude por menos de decirle: "Profesor, este año es realmente el de su jubileo", recordando la edición inglesa de toda su más importante obra que acaba de aparecer aquí. Cassirer sonrió complacido, pero era tanta su modestia que no quiso detenerse en ello, y pasamos a considerar el trabajo que yo estaba haciendo. . . Me dijo que le agradecería que yo le diera lecciones de español. Con gran alegría acepté, y entonces me dio a entender el gran placer que tendría en que alguna otra de sus obras apareciera traducida al español. Lo recordó a usted como siempre ocurría en nuestras charlas, y yo le prometí escribirle

---

(1) La Profesora Angélica Mendoza, autora del libro "Fuentes del pensamiento de los Estados Unidos", El Colegio de México, 1950.

a usted en la primera oportunidad acerca de la obra que tenía en preparación; *El mito del Estado, su origen, su historia, su significación*. Creo que fue uno de sus momentos más felices aquel en que imaginó la posibilidad de que esa obra apareciera en la Argentina, siempre que usted quisiera interesarse... Antes de dejarle en su oficina de la Columbia University, todavía pude conversar con él unos minutos en el corredor acerca de una "mesa redonda" que se realizaría el 9 de mayo en la New School of Social Research, y nuevamente le prometí escribirle a usted para pedirle que se ocupara de alguna de sus obras... Dos horas después de nuestro encuentro cayó en la calle, frente a la Columbia".

En junio del mismo año, amigos y colegas se reunieron en la Universidad, en un acto de homenaje y recuerdo. Entre otros, habló Hendel, quien puso por título a sus palabras: "Ernst Cassirer, el hombre y el maestro", porque quiso ante todo referirse a lo más cálido y personal en el gran pensador desaparecido. Para mejor evocarlo, leyó unas palabras que conservaba, escritas de la mano de Cassirer y que éste había pronunciado al ser festejado por sus colegas de Yale, después de tres años de convivencia. Escojo alguna de aquellas expresiones, repetidas en la ocasión solemne por su amigo: "Si miro hacia atrás en mi larga vida académica, debo considerarla como una larga odisea. Fue una especie de peregrinación que me condujo de una Universidad a otra, de un país a otro, y, al final, de un hemisferio al otro. Esta odisea fue rica en experiencias, en aventuras humanas e intelectuales. Y lo que significó para mí el mayor encanto y la mejor recompensa en esta larga jornada académica, fue que llegó a ser cada vez más una jornada sentimental. Porque en cada nuevo lugar tuve la gran fortuna de encontrar nuevos amigos...".

Recientemente, el año pasado, puede decirse que un monumento ha sido levantado a su memoria, con el tomo que le ha consagrado la notabilísima serie denominada *The Library of Living Philosophers*, afortunada iniciativa de Paul Arthur Schilp. En ese magno volumen, de unas mil páginas, la obra de Cassirer es analizada en todos sus aspectos por veintitrés especialistas, y se agregan materiales biográficos y bibliográficos. Es norma de esa colección, donde no entran sino las figuras próceres del pensamiento actual, que sus volúmenes solo se consagren, como su título lo enuncia, a los filósofos vivos; el plan de los volúmenes es uniforme, y comprende, aparte del estudio plural y exhaustivo de la obra, una autobiografía del filósofo y un trabajo en el cual el pensador estudiado toma a su vez en cuenta las exposiciones y juicios sobre su obra y adopta posición frente a ellos. Projectado el

tomo sobre Cassirer desde tiempo atrás, no correspondía en rigor su publicación porque no podrían cumplirse los requisitos de la serie, precisamente los que le otorgan su carácter propio y distintivo. Todo ello fue pasado por alto y se resolvió la publicación, por vía de excepción y como si se atribuyera a Cassirer, pese a su fallecimiento, la calidad de filósofo viviente.

Ambos, en efecto, Arthur Liebert y Ernst Cassirer están vivos en el recuerdo de su vida limpia y laboriosa y en la perdurabilidad de su obra. En las manos del oscuro destino que preside a nuestra época estuvo consagrarlos al dolor y hacer de ellos dos peregrinos de los caminos amargos del destierro. Pero estuvo en la voluntad de ambos tornar fecunda la peregrinación y continuar afanosos y sin interrupción en el destierro la tarea de su vocación. Como Ulises, no se dejaron vencer por el síno contrario, sino que triunfaron de la adversidad con ánimo viril e incansables esfuerzos. Acosados por las circunstancias, supieron dejarnos, en obras y en recuerdos, un legado que honra por igual a los estudios filosóficos y a la condición humana.

Martínez (Bs. Aires), julio de 1950.